

Aportes para una conceptualización holística y multidimensional del desarrollo humano.

Landini, Fernando Pablo.

Cita:

Landini, Fernando Pablo (2004). *Aportes para una conceptualización holística y multidimensional del desarrollo humano. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/11>

Aportes para una conceptualización holística y multidimensional del desarrollo humano

Landini, Fernando Pablo (Facultad de Psicología – UBA)

Email: landini_fer@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo procura problematizar la noción de ‘desarrollo’, analizando la evolución histórica de algunas teorías y el modo de uso actual del concepto.

Apoyándose en autores como Amartya Sen y Manfred Max-Neef se aborda la relación entre desarrollo, crecimiento y modernización.

A continuación se argumenta que ciertas dimensiones, excluidas por concepciones universalistas y etnocéntricas, deben ser consideradas como constitutivas del desarrollo: la participación social, las redes de apoyo interpersonal y organizacional, el ejercicio personal y colectivo del control sobre el propio contexto de vida (*empowerment*), la posesión de una identidad cultural valorada y respetada por el propio sujeto y por aquellos con quienes comparte su existencia, etc. En resumen, se considera que un conjunto de factores psicosociales y culturales son dimensiones y no insumos del desarrollo.

‘Desarrollo’ no se refiere al aumento cuantitativo de los objetos (PBI) sino al mejoramiento cualitativo de las personas, que no se identifica ni con procesos de modernización etnocéntricos ni con propuestas universalizadoras que desconocen las especificidades locales.

La noción de desarrollo

Para empezar, debemos plantearnos dos preguntas de carácter básico. La primera es “¿qué entendemos por ‘desarrollo’?”, y la segunda, “¿qué puede hacerse para alcanzar, ir o llegar, a aquello que hemos considerado tal?”. Nótese que la segunda pregunta es lógicamente posterior a la primera: sólo podemos pensar en cómo alcanzar el desarrollo luego de haber respondido a la pregunta de ‘qué es’. Las discusiones más frecuentes en torno a esta noción suelen estar relacionadas con la segunda cuestión (los *medios* del desarrollo) más que con la noción misma (los *finés* a alcanzar). Como si existiera un profundo acuerdo sobre qué debe entenderse por desarrollo pero... ¿Desarrollo es crecimiento? ¿Desarrollo es modernización? ¿Desarrollo es aumento de la calidad de vida? ¿Desarrollo es aumento de las capacidades? Si no saldamos la cuestión de qué es el desarrollo, poco podremos hacer para elaborar estrategias para alcanzarlo. Este trabajo se ocupará de esa cuestión.

Cuando hablamos de ‘desarrollo’ (en el sentido de este trabajo), no estamos pensando ni en un sinónimo de ‘proceso’, como hacemos cuando hablamos del ‘desarrollo de las acciones’, ni en la actualización de potencialidades latentes o genéticas, como cuando hablamos de ‘desarrollo del niño’. Aquí ‘desarrollo’ es pensado como una propiedad o una dinámica de un colectivo, un estado deseable para una sociedad, cultura o pueblo. Si bien ‘desarrollo’ puede describir un estado presente, siempre admite la posibilidad de mejoramiento o perfección, ya que se define en términos de aumento de la calidad de vida (Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn, 1993) de las personas y de los colectivos humanos, y ésta, al menos *a priori*, no tiene límite. Asimismo, debe considerarse que el contenido de ‘aumento de la calidad de vida’, es algo que admite redefiniciones en las distintas culturas y en los distintos momentos históricos. Definir ‘desarrollo’ haciendo referencia a ‘calidad de vida’ no reemplaza una incognita (¿qué es

‘desarrollo’?) por otra (¿qué es aumento de la calidad de vida?), sino que centra la cuestión en el ‘estar mejor’ de las personas más que en el ‘haber más’ de los objetos.

El paradigma del crecimiento

La representación del sentido común de ‘desarrollo’ asocia esta noción con ‘crecimiento’ (en el sentido de crecimiento económico). El crecimiento económico refiere al aumento del PBI (producto bruto interno), es decir, al aumento de bienes y servicios que son producidos en un territorio dado. La tendencia a identificar crecimiento con desarrollo está relacionada con el carácter concreto del crecimiento: podemos ver calles con más autos, edificios más altos y carreteras más anchas, pero se hace más difícil ver ‘calidad de vida’. Resulta fácil, entonces, medir el PBI y luego decir que dicho índice es indicador de ‘desarrollo’. Claro que esta asociación, suele incluir también la referencia al acceso de la población a los servicios básicos como agua, luz, cloacas, etc. (algo también observable con facilidad), pero esto sin romper con la centralidad que adquiere el crecimiento para pensar al desarrollo. Max-Neef et al (1993), señalan que es mejor tener una pobre medición de la cosa correcta que una buena medición de la cosa equivocada, más cuando tendemos a tomar la cosa equivocada por la correcta. Aunque la medición del desarrollo pueda presentar dificultades, siempre será mejor abocarse a ella que medir con mucha corrección la cosa equivocada.

La asociación entre crecimiento y desarrollo no es nueva (Álvarez, 2001), tiene sus orígenes en los años 50’. Más precisamente, en el 1949, bajo la presidencia de Truman en EEUU, se comienza a considerar ‘subdesarrollados’ a los países que tuvieran un PBI de menos de 100 dólares anuales per cápita. Así, desarrollo

(o subdesarrollo) queda definido en términos de crecimiento de la producción por persona. El escaso nivel de PBI per cápita en los países subdesarrollados fue explicado por la visión hegemónica como efecto de supuestas 'deficiencias culturales' de los pueblos subdesarrollados. Faltaban pautas culturales modernas o modernizadoras que permitieran generar un aumento sostenido y significativo de la producción. Esto justificó la intervención en los países subdesarrollados para 'difundir' una 'cultura del desarrollo', una cultura 'moderna'. Eran los años del Desarrollismo (50' y 60'). El problema de los países subdesarrollados era su falta de industrialización. El programa era claro: difundir la 'modernización' y favorecer la industrialización de los países subdesarrollados. Se esperaba que los procesos de industrialización aumentaran la riqueza (PBI) y que esta 'rebalsara' o se 'derramara' en los distintos grupos sociales, disminuyendo así la pobreza. Claro que para los 70' varios países de América Latina habían avanzado en su proceso de industrialización, pero esto no había traído el tan ansiado 'derrame'. Desde una perspectiva crítica surge la teoría de la dependencia, la cual afirma que la pobreza y el subdesarrollo no eran causados por la falta de difusión de las pautas culturales modernas, sino por el modo desigual en el que los países habían ingresado a las relaciones mercantiles primero y capitalistas después. Este nuevo enfoque sólo discute las *causas* del subdesarrollo (industrialización unos, dependencia otros), *pero no avanza* hacia la cuestión de fondo de qué debe entenderse por *desarrollo*. Luego, en los años 80' y 90', asistimos al retorno de los modelos económicos hoy llamados neoliberales, que habían sido abandonados luego de que la crisis del 30 hubiera impuesto la aplicación de modelos de tipo keynesiano. Dichos modelos sostenían que el desarrollo (pensado nuevamente como aumento de la riqueza) se obtendría por la vía del repliegue del Estado de la economía, la libre

competencia, la privatización de los servicios públicos, la baja de las barreras arancelarias, la reducción del déficit fiscal y el ajuste en los presupuestos nacionales. Esto supone que el mercado es el mejor asignador de los recursos y que la intervención del Estado en la economía no hace sino entorpecer y retrasar los procesos de desarrollo. Este modelo esperaba que el aumento de la riqueza llegara a todas clases sociales, según la teoría históricamente refutada del 'derrame', que más que teoría del derrame puede ser llamada teoría del 'goteo' por la escasa distribución de la riqueza a la que tales procesos dieron lugar. Los años 90' en nuestro país fueron los años dónde se esperaban los efectos de 'derrame' en la distribución del ingreso. Pero entre los años 91 y 98 el PBI creció un 40 %, a la par que la pobreza se mantuvo constante luego de una pequeña baja inicial (Lopez, 2004). Siguiendo esta línea de pensamiento, Boissier (1999) de la CEPAL y Di Pietro (2001), sostienen que este modelo económico neoliberal, si bien equilibra los indicadores macroeconómicos como inflación, déficit, etc., genera fuertes desajustes a nivel microeconómico como desempleo o pobreza. Más allá de acordar con estos autores con los efectos a nivel macroeconómico, no puede dudarse de los efectos provocados a nivel de pobreza, desempleo y ruptura del tejido social según la evidencia de la Argentina pre y especialmente post 2001.

Resumiendo, dentro de esta línea de pensamiento que se viene analizando: desarrollismo, teoría de la dependencia y neoliberalismo, el desarrollo ha sido pensado como crecimiento. Puede ser que se lo asociara también a acceso a servicios básicos o incluso a democracia o fortalecimiento de las instituciones, pero siempre y en todo caso, el énfasis está puesto en la dimensión económica y de aumento de los objetos que describe el 'crecimiento'.

Nuevos paradigmas. La multidimensionalidad del desarrollo

Ya desde mediados de los 70', se produce una transformación significativa en el concepto de desarrollo que pone en un primer plano la consideración de factores sociales y culturales (Álvarez, 2001: 35). Para ese momento, había suficiente evidencia empírica como para afirmar que los procesos de industrialización, de aumento de producción agrícola y la construcción de infraestructura, no habían mejorado como se esperaba la calidad de vida y la distribución de la riqueza. Las grandes inversiones tienden a hacer un uso intensivo del capital (Daza, 2001) y por tanto a incorporar escasa mano de obra. Esto nos lleva a dos consideraciones. La primera es que los procesos de tecnificación tienden a la expulsión de mano de obra, particularmente aquella menos calificada. En estas circunstancias, el crecimiento económico (y no su falta) es la causa del aumento de la desocupación. Segundo, en un territorio dado, la actividad que genera la mayor cantidad de riqueza (medida en términos de PBI) no suele ser la que genera mayor cantidad de trabajo. Teniendo en cuenta que en sociedades como la nuestra el trabajo es uno de los mayores distribuidores de la riqueza y que los procesos de tecnificación aumentan progresivamente la importancia relativa del capital frente al trabajo en la producción, el aumento de productividad que ellos producen tiende a quedar cada vez más del lado los poseedores del capital que de los trabajadores. Entonces, este aumento de la producción sostenido en los procesos de tecnificación tiende a aumentar (más que a disminuir) la desigualdad en el reparto de la riqueza. Siendo así, la asociación biunívoca entre crecimiento y desarrollo, no puede ser sostenida (Angulo y De Riz, 2001; Arroyoⁱ, 2004; Boissier, 1999; Di Pietro, 2001). El crecimiento (económico) puede incluso implicar disminución de la calidad de vida (desarrollo negativo).

Luego de estas reflexiones, 'desarrollo' se convierte en un concepto de carácter complejo y multidimensional, que no es sinónimo de crecimiento. No sólo refiere al aumento de la riqueza (PBI) sino también a su distribución equitativa, a la existencia de empleo para todos, a la salud de las personas, al acceso a sistemas educativos de calidad (Di Pietro, 2001) y a la inclusión social (Arroyo, 2004), siempre en armonía con el medio ambiente (de la Cruz, 2004; Rovere, 2001). Se entiende que para llamar a algo 'desarrollo', no se debe comprometer la capacidad futura de generarlo. Esta noción ampliada de desarrollo también incluye el mejoramiento de las formas participativas, la fortaleza de las instituciones democráticas y la implementación equitativa y amplia de justicia. Otro énfasis que se asocia al concepto de desarrollo es la expansión de las oportunidades humanas, entendidas como 'capacidades'. En este sentido, Amartya Sen viene desarrollando, desde finales de la década del 1970, la idea de que el 'bienestar' no debe medirse teniendo en cuenta la cantidad de recursos materiales de los que disponen las personas, sino los 'funcionamientos' que éstas pueden alcanzar mediante tales recursos, lo cual incluye (a) 'acciones', como leer, comer, etc., y (b) 'estados', como estar bien alimentado, estar libre de malaria, no estar avergonzado por la calidad de su ropa, etc. El dato que, según Sen, debería considerarse crucial a la hora de medir el desarrollo, sería, por tanto, la 'capacidad', entendida como la libertad que una persona tiene de elegir entre un conjunto más amplio o más restringido de funcionamientos que están a su alcance, o, para decirlo en palabras del autor, "la libertad real de elección que una persona tiene sobre las vidas alternativas que él o ella puede llevar adelante" (Sen, 1990: 114; 1985: 200-203).

En el contexto de la importancia que cobra lo social, lo cultural y lo humano en el desarrollo, Sergio Boissier (1998) elabora la noción de 'capital sinérgico' o

‘sinérgico’, entendido como la capacidad societal de promover acciones en conjunto dirigidas a metas comunes democráticamente establecidas. El capital sinérgico permite la articulación de los múltiples capitales existentes en un territorio dado: capital natural, social, simbólico, humano, económico, insitucional, psicosocial, cívico y cognitivo. Esta capacidad socioterritorial de articular u orientar las acciones hacia fines consensuados es la que permite generar desarrollo a partir de los capitales situados en un territorio. Pero, ¿qué se entiende por ‘capital’? ‘Capital’ significa algo que se posee, un patrimonio del que se pueden extraer intereses o rentas, significa riqueza acumulada. El capital no es en sí satisfacción inmediata de las necesidades, sino que funciona según una lógica instrumental: su valor no está dado por lo que es sino por lo que puede producir. Decimos ‘capital’ para referirnos a un medio, no a un fin. Pero entonces, ¿es posible seguir hablando de capital cultural, social o psicosocial si entendemos que ‘capital’ implica un medio? Boissier considera al capital cultural como el conjunto de creencias, mitos, modos de producción, etc., de un pueblo, destacando la importancia de que una cultura se oriente o no a la modernización. Al igual que Di Pietro (2001), destaca la importancia de una ‘cultura del desarrollo’, es decir, una cultura que propicie la modernización, *una cultura que sea útil al desarrollo*. El capital social, entendido como el conjunto articulado de los distintos actores sociales, ¿puede ser considerado como medio o debemos considerarlo como valioso en sí mismo? Lo mismo podríamos decir del capital psicosocial, definido como la autoestima, la confianza personal y mutua entre los habitantes de un territorio. Estos capitales ¿son medios para alcanzar el desarrollo o son ellos mismos desarrollo? En este trabajo se sostiene como hipótesis que esta relación medios-fines que Boissier establece entre ‘capitales’ y ‘desarrollo’, se debe a una persistencia del énfasis económico en la noción de

desarrollo. Si bien existe una tendencia *discursiva* a incluir múltiples dimensiones en la noción de desarrollo, descentrando la dimensión económica, tiende a ocurrir que entre dichas dimensiones se establece una relación jerárquica del tipo medios-fines. Esto hace que, nuevamente, el desarrollo termine por volver a ser una cuestión que tiene como fin centralmente lo económico. Lo que se ha ampliado aquí no es la noción de 'desarrollo' sino la consideración de los factores que lo propician. Se observa en esto la pervivencia del modelo de crecimiento y modernización como sinónimos de desarrollo. La equidad, la fortaleza de las instituciones de gobierno, la educación, la existencia de organizaciones, etc., tienden a ser pensadas como capital (como medios) más que como desarrollo (un fin).

Existe una complejidad adicional para pensar una teoría del desarrollo que haga énfasis en las personas y no en los objetos. Esta se refiere a la dificultad de separar calidad de vida de aumento del consumo de bienes (o servicios). En el modelo propuesto por Max-Neef et al (1993), desarrollo humano significa aumento de la calidad de vida, y ésta implica la satisfacción adecuada de las necesidades humanas fundamentales. Ahora bien, el discurso dominante sobre las necesidades afirma que "la satisfacción deriva de las cualidades del objeto, es decir, es externa al sujeto" (Krmptotic, 1999: 19). Si esto es correcto y si la satisfacción es una propiedad del objeto, para que exista desarrollo, se debe aumentar el acceso de las personas a los bienes. Pero a poco de ponernos a reflexionar, esta concepción dominante no puede sostenerse. En primer lugar, sabemos que la satisfacción no se encuentra en relación directa al bien consumido ya que, a partir de cierto nivel de consumo, la satisfacción por cada unidad de bien es menor, hasta que llega un punto en que ésta no aumenta y, finalmente, mayor consumo implica satisfacción negativa o hartazgo (Maslow,

1991). De la misma forma, no cualquier bien puede satisfacer la misma necesidad en momento y culturas diferentes, por ejemplo, un plato de insectos, posiblemente no pueda servir (al menos en términos generales) para satisfacer mi necesidad de subsistenciaⁱⁱ. La necesidad de entendimiento, que en nuestra cultura se satisface con la educación formal, en otras culturas puede satisfacerse escuchando narraciones de los ancianos o participando de ceremonias iniciáticas. Y no solo no existe una relación directa y unívoca entre bienes y satisfacción en diferentes culturas y tiempos históricos, sino que más aún, la satisfacción de ciertas necesidades no se refiere ni en primer lugar ni particularmente a bienes, como por ejemplo las necesidades de afecto o de identidad. Es cierto que los bienes pueden potenciar la satisfacción de dichas necesidades como cuando usamos las ropas propias de nuestra cultura para satisfacer nuestra necesidad de identidad, pero no son los bienes en sí mismos los que hacen a la satisfacción. Entre la necesidad y el bien, debe incorporarse la dimensión de la cultura y de la subjetividad. Valga la aclaración de que la reivindicación de lo subjetivo no implica la noción de 'preferencia' como hecho individual, sostenida hoy por el llamado neoliberalismo, sino que se refiere lo subjetivo como algo colectivo y compartido. Dentro de esta concepción (Max-Neef et al, 1993), el concepto de satisfactor hace referencia a esto: a los modos o las maneras, culturalmente determinados, por los cuales los seres humanos satisfacemos nuestras necesidades.

De esta manera, la satisfacción de las necesidades humanas y el aumento de la calidad de vida no pueden ser pensados en relación directa con el mayor consumo de bienes, tanto por el hartazgo que provoca una sobresatisfacción como, y principalmente, porque la relación entre bien y satisfacción está culturalmente mediada. Incluso es posible pensar formas de satisfacer

necesidades que en modo alguno hagan relevantes a los bienes que las expresan, como puede ser una forma de organización familiar que permita satisfacer las necesidades de protección y de afecto. Si bien los bienes materializan y potencian a los modos culturalmente determinados de satisfacer las necesidades (satisfactores), la satisfacción no está determinada por la naturaleza del bien utilizado. Por lo tanto el consumo o uso de bienes ni determina ni es el elemento central en el aumento de la calidad de vida, es decir, en el desarrollo.

¿Modernización o desarrollo?

Ya se ha definido desarrollo como aumento de la calidad de vida. Resta pensar qué se entiende por 'modernización'. Sólo a los efectos de favorecer la reflexión, en este trabajo entenderemos modernización como el proceso de avance tecnológico, el aumento de la producción, la tecnificación, el énfasis en la centralidad de la razón occidental, la valoración positiva de la ciencia y de la técnica y el proceso acelerado de transformación social. La modernización también hace referencia al pasaje de las relaciones sociales tradicionales fundadas en la reciprocidad a las relaciones mercantiles, racionales y con tendencia a la impersonalidad.

Ya se ha descrito como los procesos modernizadores impulsados por el desarrollismo y el difusionismo no pudieron disminuir los índices de pobreza.

Muchas veces aconteció, como señala Ruy de Villalobos (2001), que la modernización en ámbito rural (construcción de obras de infraestructura), solamente ayuda a los medianos y grandes productores, que pueden hacer uso de esos bienes, pero no a los pequeños productores o al campesinado que no acceden a utilizarlos.

Es evidente que el significado de 'desarrollo' y de 'modernización' no es equivalente, aunque el difusionismo afirmara que el 'atraso' de los países 'subdesarrollados' se debía a la falta de difusión de pautas culturales modernas. Si deseamos una concepción del desarrollo que sea útil para favorecerlo, ésta debe o poder ser aplicada a todos los pueblos o ser declaradamente específica de uno. Pero como los estados nacionales modernos son (más o menos) multiculturales, debemos utilizar una noción del desarrollo que no invisibilice sino que sea sensible, a las diferencias culturales.

En los párrafos que siguen, se abordarán los efectos de la modernización en el 'desarrollo' de ciertos pueblos. Ya se señaló que desde una perspectiva difusionista, la cultura de los pueblos 'subdesarrollados' es considerada causa de su situación y por tanto es vista como algo a ser modificado, algo desvalorizado. Cuando ésta forma de mirar es incorporada por el pueblo o grupo oprimido, acontece lo que Freire (1973) denomina 'invasión cultural': la incorporación por parte del invadido de la visión que el invasor tiene de él, con los efectos consecuentes de desvalorización de la propia cultura, pérdida de la autoestima y desprecio de la propia identidad. La universalización etnocéntrica del modelo modernizador, no sólo no puede identificarse con el desarrollo sino que se convierte en portadora de desarrollo negativo. Los problemas relacionados con la identidad como efecto de la modernización, en modo alguno se limitan a las sociedades tradicionales. La modernización tiende a generar crisis de sentido subjetivo e intersubjetivo (Berger y Luckmann, 1997) como efecto del pluralismo, o crisis de identidad (Gergen, 1992) a causa de la multiplicación de las posibilidades identificatorias y de la caída de la universalidad de los valores y de los modelos de vida, otrora indubitables modelos identificatorios.

En ambientes campesinos, aborígenes o de sociedades tradicionales, (Mordo, 2001: 264), el aumento de la población dedicada al trabajo asalariado (un hecho asociable a la modernización), sólo aumenta el nivel de vida a corto plazo. Luego, a mediano y largo plazo, lo que hace es desarticular las relaciones sociales tradicionales generando fragmentación social y por lo tanto desarrollo negativo. Es el mismo fenómeno que mencionara Lopez (2004) refiriéndose a que el crecimiento económico y la disminución de la pobreza en la sociedad chilena en los últimos años había favorecido como hecho paralelo la fragmentación social. Refiriéndose a las sociedades tradicionales aborígenes, el mismo Mordo (2001) señala que *“la obtención de recursos de subsistencia en los territorios nativos [por parte de la población nativa] disminuye rápidamente debido a la explotación intensiva, la depredación y la desigual distribución de la tierra”* (p. 271). Y esto debe particularmente a la aplicación de modelos modernizadores centrados en el aumento de la producción agrícola que tiene por objeto no el autoconsumo sino la obtención de lucro. El Grupo de Reflexión Rural (2003) avanza en el análisis señalando que este tipo de procesos se sostiene en la invisibilización de los efectos no lineales de las acciones. Es decir, se centra en los efectos manifiestos como el aumento de la producción, pero olvida que este modelo de producción agrícola genera disminución de los puestos de trabajo por la mecanización, pérdida de fertilidad del suelo a causa del uso de agroquímicos y del monocultivo (particularmente de soja), la pérdida de biodiversidad y la dependencia de las empresas propietarias de los genes por el uso de transgénicos, etc. *Una modernización que invisibiliza sus ‘vergüenzas’, a la vez que pretende erigirse como modelo de desarrollo universal, justificando la intervención sobre el otro, el no moderno.*

Hasta cierto punto, debemos acordar con quienes afirman que (al menos en algunas oportunidades) “La noción de desarrollo ha logrado convertirse en un discurso de poder relacionado con procesos socioeconómicos e institucionales que han tendido a la subordinación de los pueblos. Para ello, se construyeron conceptos y teorías, se planificaron estrategias y se implementaron técnicas que se presentan como naturalmente racionales, objetivas y verdaderas, conformando un sistema de poder que plantea como legítima y justificada la intervención sobre el ‘otro’: subdesarrollado, pobre o irracional” (Lombardo, 2004: 127. También ver Trincherro y Noriega, 2004). Y aunque esto no sea intrínseco a la noción de ‘desarrollo’, si puede serlo de algunos de sus modelos. Sostener un modelo de desarrollo de carácter universal, global, abstracto y homogéneo se convierte en autoritario por despreciar a todo otro saber (Grupo de Reflexión Rural, 2003). La noción de desarrollo humano “debería ser revisada para intentar una descripción humana del desarrollo basado en el crecimiento no universalista de la cultura” (Sacco, 2001:21).

El desarrollo humano

Para precisar una noción de desarrollo compatible con lo que se ha venido trabajando, la propuesta debe desplazar al crecimiento del lugar que hoy ocupa en el núcleo del concepto de desarrollo. Dicha asociación se ha sostenido por la centralidad otorgada en la sociedad capitalista al consumo de bienes como vía de satisfacción de las necesidades. Si bien los bienes hacen a la satisfacción, no toda necesidad se satisface con bienes y, en todo caso, éstos nunca son fines en sí mismos. Por lo mismo, la propuesta debe ser multidimensional y debe alejarse de cualquier consideración etnocéntrica que sostenga que los procesos de modernización son en sí y por sí, desarrollo. Se ha mencionado como, tanto la

modernización como el crecimiento económico, puede convivir con procesos de desarrollo negativo. Siguiendo la propuesta de Max-Neef et al (1993), una teoría del desarrollo debe ser *para* el desarrollo, es decir, ser funcional al desarrollo de las personas y de los pueblos. Necesitamos un modelo de desarrollo que sea fundamentalmente crítico de las racionalidades vigentes y que permita favorecer, propiciar y dar direccionalidad al cambio social. Que la teoría misma sea ella, en sí misma, un motor para alcanzar lo que propone.

Más allá de una definición, se debe comenzar por discutir qué cuestiones, hechos o realidades, debemos considerar desarrollo y cuáles no. No se trata de discutir en el vacío. En este trabajo se ha avanzado en una caracterización suficiente que si bien no permite hacer un listado, sí permite una orientación. Max-Neef et al (1993), afirman que las *necesidades* humanas fundamentales son pocas, finitas y clasificables. Estas son 9: subsistencia, protección, afecto, identidad, participación, ocio, creación, libertad y entendimiento. Los modos o maneras culturalmente determinados de satisfacción de las necesidades son denominados *satisfactores*, los cuales a su vez se materializan en *bienes*. Esta teoría destaca la importancia de los satisfactores que, por el modo en que satisfacen una necesidad, favorecen la satisfacción de múltiples necesidades. Estos satisfactores son endógenos, es decir, son generados desde abajo, desde la misma población, no pueden ni imponerse, ni inducirse. Lo que en otros planteos aparece como medio para alcanzar el desarrollo, aquí es desarrollo en sí mismo. Poseer una cultura propia, que permita tener una identidad característica que sea valorada por quien la posee y que sea respetada por todos aquellos que no lo hacen, que permita a los sujetos delinear un sentido para su vida, armar un proyecto, desarrollar las propias capacidades y potencialidades y sentir que la vida que vive es valiosa y digna de vivirse, es desarrollo, no capital cultural o

psicosocial. De la misma forma, la participación, la organización comunitaria, la conformación de organizaciones de base y organizaciones intermedias, la construcción de redes interpersonales, organizacionales y sociales, no pueden ser pensadas como insumos, sino que son en sí mismos desarrollo ya que permiten satisfacer las necesidades de afecto, de participación, de identidad y tal vez otras más. El *empowerment* (empoderamiento o fortalecimiento), entendido como influencia personal y/o colectiva, a partir del posicionamiento activo, en aquellas cuestiones que a uno le conciernen y lo implican, es un elemento central. Sentirse dueño de la propia vida, ser constructor del propio contexto, de las relaciones que uno establece con los otros y con el medio ambiente. La reconstrucción de los espacios en tanto espacios apropiados y compartidos, establecidos como espacios de encuentro.

Dentro de una concepción no etnocéntrica, ya no podremos considerar ni la modernización ni el crecimiento como desarrollo. Aún aquello que intuimos como desarrollo evidente, como es el acceso a la educación en el sentido occidental, no siempre lo es. La educación, cuando transmite y expresa los valores del extranjero, es un instrumento de dominación y no de liberación. Si la educación universitaria es para nosotros satisfacción de la necesidad de *entendimiento*, el participar de las prácticas vitales o escuchar las historias de los antepasados puede serlo para otros. No se propone aquí el apoyo a la ignorancia, sino que se critica la soberbia etnocéntrica que cree que puede determinar e imponer a otros el modo de satisfacer las necesidades, a partir de un modelo supuestamente universal.

La noción de capitales antes trabajada debe ser transformada. Sólo en el contexto en el que se piense la funcionalidad del capital social, cultural y psicosocial (su carácter de medios), éstos pueden ser llamados tales. Cuando se

piensa en términos de desarrollo y bienestar, no se debe considerarlos como capitales sino como desarrollo. No necesitan más justificación que ellos mismos. Y, por otro lado, debe hacerse énfasis en que otros capitales (económico y financiero) siempre son insumos. En ellos y por ellos no hay desarrollo. Solo sirven cuando pueden responder a las necesidades humanas. En todo presente posible debemos recordar siempre la máxima: el ser humano no es para la economía, sino la economía para el desarrollo del ser humano.

Bibliografía

Álvarez, S. (2001): "Pobreza autogestionada", en **Encrucijadas**, año 2 n° 14, pp. 32-43

Angulo, C. y De Riz, L. (2001): "Medir la vida", en **Encrucijadas**, año 2 n° 14, pp. 8-15

Arroyo, D. (2004): Ponencia presentada en la **I Jornada sobre Desarrollo Local**: "Desarrollo local e inclusión social", Buenos Aires, inédito

Berger, P. y Luckmann, T. (1997): **Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno**, Barcelona, Paidós

Boissier, Sergio (1998): **El desarrollo territorial a partir de la construcción de capital sinérgico. Una contribución al tema del capital intangible y del desarrollo**, Santiago de Chile, CEPAL

Boissier, Sergio (1999): **Teorías y metáforas sobre el desarrollo territorial**, Santiago de Chile, CEPAL – ONU

Daza, R. (2001): "Los gobiernos provinciales: entre la globalización y el desarrollo local", en Burin, D. y Heras, A., **Desarrollo local. Una respuesta a escala humana a la globalización**, Buenos Aires, CICCUS – La Crujía, pp. 155-186

de la Cruz, L. (2004): “El Estado y la Cuestión de la Tierra tras la Frontera Agropecuaria de Formosa. ¿Geopolítica del Desarrollo o del Subdesarrollo?”, en Belli, E., Slavutsky, R. y Trincherro, H. (comp.). **La Cuenca del Río Bermejo. Una formación social de fronteras**, Buenos Aires, Reunir, pp. 221-267

Di Pietro, L. (2001): “Hacia un desarrollo integrador y equitativo: una introducción al desarrollo local”, en Burin, D. y Heras, A., **Desarrollo local. Una respuesta a escala humana a la globalización**, Buenos Aires, CICCUS – La Crujía, pp. 11-50

Gergen, K. (1992): **El yo saturado**, Barcelona, Paidós

Grupo de reflexión rural (en diálogo con I. Lewkowicz) (2003), **Estado en Construcción**: Buenos Aires, Editorial Tierra Verde

Krmpotic, C. (1999): **El concepto de Necesidad y Políticas de Bienestar**, Buenos Aires, Espacios

Lombardo, E. (2004): “La privatización de la frontera: inversión petrolera y desarrollo sustentable”, en Belli, E., Slavutsky, R. y Trincherro, H. (comp.), **La Cuenca del Río Bermejo. Una formación social de fronteras**, Buenos Aires, Reunir, pp. 127-153

López, N. (2004): Ponencia presentada en la **II Jornada sobre Desarrollo Local**: “Desarrollo local, economía social y trabajo social”, Buenos Aires, inédito

Maslow, A. (1991): **Motivación y personalidad**, Madrid, Ed. Díaz de Santos

Max-Neef, M., Elizalde, A. y Hopenhayn, M. (1993): **Desarrollo a Escala Humana**, Nordan-Redes, Santiago

Ruy de Villalobos (2001): “Desarrollo Rural y Desarrollo Local: Descentralización y participación democrática como requisitos para una efectiva lucha contra la pobreza rural”, en Burin, D. y Heras, A., **Desarrollo local. Una**

respuesta a escala humana a la globalización, Buenos Aires, CICCUS – La Crujía, pp. 187-234

Sacco, L. (2001): “La humanidad del desarrollo”, en **Encrucijadas**, año 2 n° 14, pp. 16-23

Sen, A. (1985): “Well-Being, Agency and Freedom”, en **Journal of Philosophy**, n. 82, pp. 169-221.

Sen, A. (1990): “Justice: Means versus Freedoms”, en **Philosophy & Public Affairs**, n. 19, pp. 111-121.

Trincheró, H y Noriega, A. (2004): “Políticas de Desarrollo en la Cuenca del Río Bermejo. Una Evaluación del Programa de Acción Estratégico”, en Belli, E., Slavutsky, R. y Trincheró, H. (comp.), **La Cuenca del Río Bermejo. Una formación social de fronteras**, Buenos Aires, Reunir, pp. 201-219

ⁱ El Lic. Daniel Arroyo es Viceministro de Desarrollo Social de la Nación

ⁱⁱ Según plantean Max-Neef et al (1993), las necesidades humanas fundamentales son: subsistencia, protección, afecto, identidad, participación, ocio, creación, libertad y entendimiento